

Libros del Asteroide 

Hugo Gonçalves

Revolución

Traducción de Rita da Costa



¿Cuándo estoy?

En el bosque, en mitad de la noche, una mujer se pierde en el tiempo.

¿Cuándo estoy?

Aún sabe cómo se llama, reconoce el hotel allá al fondo, pero sigue a la deriva por los años. Ve las luces giratorias de un vehículo militar en 1975, la nieve cayendo sobre la sierra décadas antes y un cortejo fúnebre un día de noviembre.

¿Cuándo estoy?

Una nieta se sienta en el columpio que cuelga de la rama de un roble.

¿Cuándo estoy?

Su marido vuelve tarde a casa. No, su marido la coge en brazos después de la boda.

¿Cuándo estoy?

Vuelve a oír el disparo de un arma, lo único que une pasado, presente y futuro.

Por fin, sabe cuándo está.

Tenía tres hijos y, la noche del disparo, perdió a uno.

1970

Una mañana de tormenta y malos augurios, Maria Luísa dejó a su hija de tres años en una casa cerrada con llave. No por casualidad sus camaradas usaban el verbo «zambullirse» cuando se pasaban a la clandestinidad. En esa vida, la inmersión sin reservas implicaba que el partido tenía prioridad sobre cualquier relación que pusiera en riesgo la lealtad de los militantes. En los últimos años, Maria Luísa había pasado hambre, sed, frío, sueño, cansancio extremo, había dormido al raso, había recorrido a pie cientos de kilómetros, había cortado todo contacto con su familia, había renunciado a su identidad hasta el punto de que casi había olvidado quién era. La última vez que había estado en una consulta médica, a la hora de rellenar la ficha, no recordaba su nombre de pila, ni siquiera el falso, que cambiaba siempre que les asignaban un nuevo domicilio.

Empezó a bajar la calle. Una cúpula de nubes bajas oprimía las estrechas calles de Évora, contenidas por las murallas desde hacía siglos. Maria Luísa se concentró en los obstáculos del trayecto. Cuanto más sufriera y renunciara por la causa, más inminente sería el triunfo del comunismo. En las peores adversidades se reforzaba la fe doctrinaria. Sería absurdo desistir después de todo lo que había sufrido. Había que convertir las pérdidas en la certidumbre de la que brotaban los epitafios de los mártires y las consignas de los guerrilleros:

*Libertad o muerte**De derrota en derrota hasta la victoria final**Prefiero morir de pie a vivir de rodillas*

Al doblar la primera esquina, una de sus botas resbaló en las piedras de la acera. Se concentró en el dolor de la caída, en los dedos raspados, en el codo que empezaba a hincharse. El viento y la lluvia le azotaban la cara. La ropa le pesaba sobre el cuerpo delgado. Cada estorbo era una medalla futura. De nuevo en pie, apretó mandíbulas y puños para atravesar la tormenta y ejecutar el plan. En cada calle que cruzaba, la exigencia física de ese reto le recordaba el mérito de su propósito. Había dejado a su hija sola, sí, pero lo hacía por el muchacho tiznado de hollín, todo piel y huesos, que tiraba de un burro cuesta arriba mientras los hijos de los grandes terratenientes esperaban, en su cálida cama, que las criadas les sirvieran el desayuno. Dejaba a su hija sola, sí, pero lo hacía por los hombres que cada madrugada, frente a las Puertas de Raimundo, suplicaban que los eligieran para trabajar en los campos y se subían a las furgonetas con la servil gratitud de quien se mata trabajando para no morir de hambre. Dejaba a su hija sola, sí, pero lo hacía por la lucha de clases, el materialismo dialéctico y la dictadura del proletariado.

Tras pasar cuatro años en la clandestinidad leyendo panfletos, periódicos y libros del partido, Maria Luísa lo traducía todo a la jerga de la teoría. Había memorizado párrafos enteros de las obras del secretario general, exiliado en París, y los recitaba mientras se ocupaba de las tareas domésticas: «Toda la acción del Gobierno fascista ha consistido en intensificar la explotación de la clase obrera con el fin de permitir que la burguesía obtenga más beneficios y acumule capital más deprisa. Para ello, el Gobierno pone todo el aparato del Estado, todo el aparato represivo, las armas, las leyes, los tribunales, al servicio del gran capital».

En esa ciudad del interior, la Policía Internacional y de Defensa del Estado (PIDE) había reemplazado a la Inquisición, pero había conservado la costumbre de las delaciones. Cuando Maria Luísa se mudó allí, su compañero Alfredo le regaló la novela de un profesor que había dado clases en la escuela secundaria local, y ella había subrayado algunas frases:

Évora mortuoria, encrucijada de razas, osario de los siglos y los sueños de los hombres.

Y también:

En Évora, nadie podía tener más estudios que los elementales, ni menos de trescientos cerdos.

Allí había clubes exclusivos para hombres, mansiones con altos muros y señoras que apenas salían de casa, mendigos a las puertas de las incontables iglesias, el contraste entre las lamentables borracheras de los pobres, tirados en la cuneta, y el alcoholismo festivo de los herederos varones, como esos que aminoraron la marcha al pasar en camioneta junto a Maria Luísa cuando ya había cruzado las Puertas de Aviz una mañana de lluvia.

—¿Te acercamos a algún sitio? —le preguntó el que iba en el asiento del acompañante. Llevaba la escopeta de caza entre las piernas. Tenía unas facciones que, de niño, habrían hecho las delicias de las señoras, pero cuya inocencia se había visto desfigurada por las copas y las juergas en las casas de putas españolas.

—No, gracias —dijo ella, sin mirarlo, ciñendo con más fuerza contra el pecho el chal que le cubría la cabeza.

—Estás toda mojada —dijo el que conducía, mayor y más entrado en carnes, tal vez el padre o el tío del primero. Exhaló el humo del cigarrillo por las fosas nasales, riéndose de su propia ocurrencia—. ¿No sabes que es de buena educación mirar a la gente cuando te hablan? —Los perros perdigueros, que viajaban

en la caja abierta de la camioneta, rompieron a ladrar estrepitosamente. El conductor acercó más el vehículo a Maria Luísa—. Cuando la jauría se pone así, es porque la hembra está en celo.

Ella cruzó el arcén y se metió campo a través, pero lo oyó decir:

—A ti lo que te falta es tener peso encima, malfollada de mierda, si estuviéramos en Navidad te regalaría una cartuchera de pollas.

Maria Luísa no miró atrás, la invisibilidad era crucial para la fachada de la clandestinidad. Llevaba el pelo negro siempre recogido y cubierto, una mujer modesta que debía pasar desapercibida. Se vestía como un ama de casa de provincias, tan callada y cabizbaja que, cuando entraba en la tienda de comestibles, las cotillas del lugar creían ver en ella el trauma de un marido que la molía a golpes.

Avanzó por el campo, hundiéndose un poco más a cada paso, el barro llenando la caña de sus botas. En un momento dado se quedó atrapada, con los pies enterrados en el fango. Tuvo la sensación de haber caído en una trampa. Imaginó a los hombres de la camioneta, azuzando a los perros para que la arrastraran con las fauces hasta sus dueños. La devorarían como a una perdiz, o una criada, o una querida, en el piso que tenían en Lisboa y al que llamaban picadero porque allí cabalgaban sus monturas extraconyugales.

Maria Luísa miró hacia atrás y, sin ver nada salvo la niebla que todo lo envolvía, distinguió el motor de la camioneta, que ganaba en distancia lo que perdía en ruido. Intentó desenterrar las botas alentejanas, masculinas, discordantes con el disfraz porque endurecían su figura. Cortadas, cosidas y ensebadas por las manos de un zapatero del partido, Maria Luísa las calzaba como si se enfundara el uniforme de un antepasado del Ejército Rojo. Alfredo, compañero de vida y clandestinidad, sabía que esas botas aplacaban el conflicto interno de Maria Luísa. Ella quería ser del pueblo, estar con los trabajadores y con todo lo que brotaba de la tierra y del esfuerzo físico. No había duda

de que estaba al servicio de los intereses de obreros y campesinos, pero sus gustos —desde el té inglés a las películas americanas— no le permitían ser como ellos.

Intentó rescatar las botas, pero cayó al barro una y otra vez, vencida por la succión del lodazal que se negaba a devolvérselas. Maldijo a los amos de esas tierras abandonadas, sintiéndose expoliada como las mujeres que trabajaban a cambio de un jornal o las niñas que servían como criadas. Tiró una vez más de las botas, esta vez con rabia, convertida no ya en la ideóloga de un mundo mejor, sino en la castigadora de quienes lo destrozaban.

Si bien, de entrada, había apoyado la corriente del partido que no defendía la lucha armada, sino que confiaba en el levantamiento de las masas populares para derribar al régimen, Maria Luísa empezaba a impacientarse con la escasa repercusión de la clandestinidad, que se limitaba a repartir ejemplares de *Avante!* cuando hacía once años que se había proclamado la revolución en Cuba. Ya fuera la familia imperial rusa ejecutada en un sótano o el guardia civil que ETA había matado en el País Vasco, no había movimiento de liberación que no eliminara a unos cuantos enemigos. Si hasta en la Biblia, que ella conocía bien del colegio de monjas, «destruyeron cuanto había, matando por la espada a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos», ¿por qué no pasar también a cuchillo a los cazadores que la habían humillado, a los terratenientes que le habían arrebatado las botas, a los ministros fascistas instalados en Terreiro do Paço?

Distraída elucubrando venganzas, no se percató del coloso negro que asomaba entre la niebla. Primero, los cuernos, luego el musculoso promontorio del cuello, media tonelada de mitología. El toro se detuvo en seco a escasos metros de Maria Luísa, que sintió el tropel del pánico en el latido cardiaco, el vello erizado de los brazos, la boca seca, los ojos desorbitados. Sin reparar en ella, el toro soltó un chorro amarillo al tiempo que expulsaba una humeante boñiga. Millones de soldados habían muerto defendiendo a la madre Rusia de los nazis, miles de jóvenes luchaban con-

tra el imperialismo en ese preciso instante en las selvas de África y Latinoamérica, pero Maria Luísa tendría un fin anónimo, capitulando descalza en un charco de meados y mierda de toro.

El animal volvió a perderse entre la niebla, más interesado en la hierba que en sabotear revoluciones. Maria Luísa dejó las botas para retomar su misión y, viendo a lo lejos el convento de Espinheiro —donde el rey don Sebastián se había detenido a rezar antes de liderar la primera gran debacle del imperio colonial—, empezó a contar los postes de la alambrada hasta dar con uno en particular, cuya base había rodeado con piedras la noche anterior: era la señal convenida, según los procedimientos del partido, para anunciar a Alfredo que podía volver a casa sin temor.

Esa misma mañana, sin embargo, la situación había cambiado. Maria Luísa había recibido la visita de un hombre que se presentó con zalamerías de vecino, intentando husmear el interior de la casa. Le hizo preguntas acerca del marido ausente, al que aún no había visto y estaba deseando conocer. ¿En qué trabajaba? ¿Era aficionado al ciclismo? Es que se había fijado en la bicicleta del patio trasero. Por cierto, ¿cuándo volvería el susodicho marido? Si necesitaba ayuda con lo que fuese, cambiar una bombona de gas, un poco de compañía en las noches solitarias, tendría en él a «su humilde servidor».

Por culpa de ese hombre sospechoso, había dejado a la pequeña Nádia sola en casa y allí estaba, empapada por la lluvia, con los pies desnudos y magullados, apartando las piedras que había colocado la víspera alrededor del poste, ahora con el fin de advertir a Alfredo de que no volviese a casa.

En el camino de vuelta, imaginó a su hija secuestrada por la PIDE, entregada a un orfanato, reviviendo el pánico de cuando Nádia se había perdido en la playa y, en vez de aplicar a la búsqueda de la niña la misma sangre fría con la que pasaba de contrabando las maquetas de las publicaciones del partido, Maria Luísa había tenido que implorar la ayuda de otras madres para encontrarla.

Los hijos eran el punto más débil de los militantes, y el partido sugería que los dejaran en manos de la familia o los enviaran a una escuela de la Unión Soviética. Maria Luísa, que siempre había respetado el reglamento de los militantes clandestinos con irreprochable disciplina, se creyó capaz de conciliar maternidad y causa. Se equivocaba. Alfredo se lo había advertido: en algún momento tendría que escoger entre sus ideales y su hija. De lo contrario, alguien lo haría por ella.

Al entrar en la casa de tres estancias, Maria Luísa buscó a Nádia en vano. Sin aliento y aturdida, irrumpió en la diminuta sala de estar. Desde allí veía sin estorbos el único dormitorio de la casa. Distinguió un bulto oscuro debajo de la cama. Un amasijo de ropa se mecía con una cadencia que, después de tantas noches durmiendo juntas, reconocía como la de su propia respiración. Nádia se había envuelto en un chal de su madre y se había escondido entre la tarima del suelo y los listones del somier. La alegría de Maria Luísa al encontrarla venía con una espinita clavada: siendo hija de una activista del partido, Nádia estaba condenada al secretismo patológico, nunca jugaría en la calle con los demás niños, viviría en hogares provisionales, con las cortinas siempre corridas y el temor a las visitas.

Maria Luísa hubiese querido meterse debajo de la cama con su hija y quedarse allí acurrucada. Pero la huida era más urgente que un abrazo. La dejó durmiendo y arrojó los papeles del partido a las llamas de la estufa de carbón de la cocina. Sobre la encimera yacían los platos sucios, los huevos, harina, azúcar y mantequilla que tanto había ahorrado para comprar, exprimiendo el exiguo sueldo con el que debía gestionar su penuria doméstica. Lo que horas antes había sido una estampa de felicidad matutina, con madre e hija alineando ingredientes y utensilios de cocina, preparándose para recibir a Alfredo con un pastel, era ahora una mediocre naturaleza muerta.

En el dormitorio, Maria Luísa cogió algo de ropa y se limpió las heridas de los pies con un paño humedecido. Se disponía a

ponerse unos calcetines de lana cuando llamaron a la puerta. Desde fuera, alguien dijo:

—Buenos días, vecina, soy la mujer de Carlos, que ha venido antes. He visto salir humo de la chimenea y, mira, ya que tienes el fuego encendido, se me ha ocurrido traerte unas castañas para que las ases.

Desde la cocina, Maria Luísa oyó el chasquido del pestillo, la puerta abriéndose, la voz de la mujer invadiendo la salita.

—Hola, chiquitina, ¿está tu madre?

Maria Luísa salió de la cocina y vio a Nádia con la mano en el pomo de la puerta, sonriendo a la mujer. La voz amistosa no casaba con el ceño inquisitorial. La vecina de pelo grasiendo tenía la clase de delgadez que la sabiduría popular atribuye a un hígado enfermo. Decían las malas lenguas que acuchillaba las pelotas que los chiquillos tiraban sin querer a su patio. Sus ojos revelaban desdén hacia la pobreza de la casa: no había sofá ni fotos, ninguna figurita decorativa ni tapete. El nomadismo de la clandestinidad resultaba más fácil sin grandes cargas. Sobre la mesa, había tan solo la caja de madera, acolchada por dentro y con una tapa de cristal, que ahogaba el martilleo de la máquina de escribir en la que Maria Luísa redactaba sus artículos, un invento atribuido al secretario general del partido después de que denunciaran a varios de sus correligionarios por el ruido que hacían tecleando de madrugada.

En un abrir y cerrar de ojos cargado de resentimiento, la curiosidad de la mujer se trasladó del extraño objeto a la belleza y juventud de Maria Luísa. Su tono de voz cambió:

—¿Conque eres tú la que se abre de piernas para mi hombre?

—Empujó la palangana de las castañas contra el vientre de Maria Luísa—. ¿No te da vergüenza, pedazo de zorra, con un marido ausente y una niña a tu cargo? Te creerás que eres la primera a la que enreda.

Era imposible que la PIDE instruyera a sus agentes femeninas en esa clase de tácticas. Solo podía tratarse de una mujer amar-

gada por el desamor, abocada a la paranoia por las infidelidades de su marido. Maria Luísa se compadeció de ella. ¿Acaso no eran hermanas que libraban la misma guerra? ¿No había escrito el secretario general que las portuguesas estaban condenadas «a las ollas, los hijos y la Iglesia»? ¿Que la sociedad se había organizado «de manera que la mujer se convirtiera en esclava de su marido»? ¿Que, «por lo general, el matrimonio era más una cuestión de orden que de amor»? ¿No era el propio partido un microcosmos de ese atraso, siendo buena parte de las clandestinas analfabetas y viéndose apartadas del trabajo político para fundar un hogar y mantener las apariencias?

Un violento bofetón hizo añicos la compasión de Maria Luísa. La mujer la empujó contra la encimera, tirando los huevos y el paquete de azúcar destinados al pastel.

—Te arrancaré la piel a mordiscos, putita.

Una declaración de intenciones literal. La vecina hincó los dientes en el brazo de Maria Luísa, que, con la otra mano, cogió la primera arma a su alcance: la espátula que los portugueses habían bautizado con el nombre del dictador avaro y enemigo del despilfarro. Asiendo el mango de madera del *salazar*, golpeó a la mujer en la cabeza una y otra vez. Le rasgó el cuero cabelludo. Le fracturó el tabique nasal. Le hizo saltar dos dientes.

Durante años, y pese al escaso sentido del humor que caracterizaba, en general, a sus compañeros de armas, Maria Luísa les relataría cómo Salazar había salvado a una comunista en apuros. Sin embargo, esa mañana era la violencia, y no la comedia, lo que mejor definía lo que estaba sucediendo en la cocina. Maria Luísa había caminado kilómetros descalza, convencida de que la policía estaba a punto de capturarla y que se llevaría a Nádia. Sus años en la clandestinidad se habían traducido casi siempre en el tedio de las tareas domésticas, la vigilancia ininterrumpida de sus captores, y nadie salía ileso de tanta disciplina y renuncia; podría decirse incluso que, al verse atacada por una criatura enajenada, había actuado en legítima defensa. Pero la

paliza que Maria Luísa propinó a esa mujer delante de su propia hija, hasta dejarla inconsciente y desfigurada, también era un indicio de algo más que sus circunstancias. Además de salvar su propio pellejo, creía estar aniquilando a dinastías enteras de reyes, magnates, terratenientes, e —insatisfecha, pese a todo—, solo pararía cuando algo en su interior, algo de lo que no podía desembarazarse, se destruyera también.

Huyó de Évora a la margen sur del Tajo. Por una rendija en las cortinas veía al otro lado del río la colina lisboeta que tantas veces había subido y bajado de la mano de sus abuelos. Era como estar al otro lado del espejo de su infancia. De niña, antes de que se construyera el gran puente sobre el Tajo que llevaría el nombre del dictador-espátula de cocina, Maria Luísa fantaseaba con la vida más allá del río, un territorio lejano y exótico que confundía con Brasil, donde se había perdido el rastro de su padre. Pero ahora, siendo una mujer hecha y derecha que había llegado allí con Nádia para refugiarse en un piso franco del partido, comprobaba que la margen sur no evocaba en absoluto los exuberantes trópicos, no era sino un conglomerado de astilleros, grúas y chimeneas industriales que oxidaban el paisaje campesino. Desde la ventana de su habitación escondrijo, Maria Luísa buscó a la niña que había sido tiempo atrás, al comienzo de la década de 1950, en la casa de Lisboa donde su madre la había dejado para entrar a trabajar en un hotel de Sintra.

El abuelo Xavier había intentado mitigar la distancia entre madre e hija abriendo delante de Maria Luísa un atlas de tapas duras. Si Lisboa parecía estar tan cerca de Río de Janeiro en el mapamundi como lo estaba de Sintra en el mapa de Extremadura, cabía la posibilidad de que Brasil estuviera, en efecto, nada más cruzar el Tajo, en esas laderas que el sol sobrevolaba desde el nacimiento hasta la desembocadura, bajo un cielo de colores cálidos como los países sudamericanos del atlas.